

“Más allá de los límites – Código humano”

Oscar Virga Digiuni – Alfredo Aruani

Las expediciones de montaña tienen códigos propios, que se van conociendo bajo el formato de vivencias. Son aprendizajes salvajes, gruesos, que no se pueden anticipar en un libro, manual o curso. Hay que pasarlos con el cuerpo, cuando la montaña dispone enseñarlos. Así, habíamos sentido la dureza del terreno en las articulaciones, los ajustes de la respiración en los pulmones y en la lucidez, la versatilidad de los músculos de una noche a la mañana siguiente y la calibración del paso como expresión de la síntesis integral, por recordar solo algunas lecciones.

No tengo paisajes en mis retinas. Mis ojos quedaron en algún lugar de la aventura, colgados de la nada. Sólo me acompañó mi vista, pero ahorrando miradas. Muchos me han preguntado por las fotos de la maravillosa inmensidad. O por las sensaciones de estar ahí. Respuesta negativa, para ambas cuestiones. Sólo paso tras paso, inspiración tras expiración, entubado en mi objetivo. La determinación era una de mis virtudes. Sigue siéndolo. Tal vez haya tomado otras formas o tiempos. Pasa en la vida que las virtudes no cambian de nombre pero sí de formas. Un tipo respetuoso a los veinte años también lo será a los sesenta, sólo que con modos más complejos y completos. Las virtudes se van cargando de los valores, que las acompañan a fluir y ser más efectivas, impactantes. Hay una especie de simbiosis con los años, en la que los valores permiten a las virtudes mostrarse más virtuosas y viceversa. Se resaltan mutuamente.

Si es necesario, es posible... Esas palabras, sencillas y enormes en su comunión, Castaño las escuchó justo esa mañana en la radio, de boca de un locutor que remataba con ellas una historia común, de un hombre común de la calle, un *laburante*, que había logrado reducir a un hábito diario una serie de dificultades que se le presentaban para sostener la olla en su casa. Hablaba del amor por el prójimo, en ese caso por su familia, y que si uno tiene ganas de fijarse en los detalles, en las cosas simples de todos los días, cuántas veces lo imposible se hace realidad por obra del amor hacia el otro. Es cuestión de dejarse llevar por lo que está adentro de cada uno, más o menos escondido, pero está. El amor por el otro, un ser en el que te puedes reconocer. Así, lo que tiene que ser, será. Sin necesidad de explicación alguna. Pasa. Cuando se siente, pasa.

“Más allá de los límites – Código humano”

Oscar Virga Digiuni – Alfredo Aruani

Inés sentía tristeza porque no hubiera querido ese final, pero también había cierta resignada felicidad porque podía haber habido otro final y no éste. Felicidad, sin vueltas, nada resignada. Además, reconoció un consuelo, matizado por una leve vergüenza ajena y por cierta angustia. Y una enorme, mayor, y profunda gratitud. Por todo lo que pasó y estaba pasando. Por los hombres y mujeres que no se explicaron lo obvio para poder alimentar la vida de su esposo. Movidos por una fuerza interior, tan humana como desconocida, crearon una majestuosa cadena de valor. Valor de audacia, osadía, coraje. De entereza, desfachatez y resolución. De sentido, significado y amor por otro, ajeno a los afectos propios.

La gratitud permite ver esas cosas, conecta con todo eso. Es un elemento esencial para que la vida fluya. A veces se convierte en palabras; otras veces, se hace lágrimas, abrazo, mirada, gesto, caricia, conciencia y hasta un libro. También puede faltar o escasear. En ese caso, hay quienes diagnostican la ingratitud y que eso está mal. No. Nada está mal ni bien en sí mismo.

Cuando no hay gratitud, la vida empieza a lentificar sus movimientos, descartando posibilidades, acercando el horizonte hasta casi poder tocarlo. De tanto tocarlo deja de ser horizonte. El horizonte es el desafío continuo. La vida es, en síntesis, un juego con el horizonte.

Lo que hacemos, nos hace. Las decisiones nos hacen.

También hay señales para saber si vamos bien. Son los estados de paz y armonía, cuando no hay que corregir nada y sólo estar. Somos muy buenos alumnos de las señales cuando registramos la vivencia. No siempre abrimos la ventana ante el llamado. Porque no lo escuchamos o no lo entendemos, todavía. Sólo hay un aprendizaje cuando sentimos el momento. Es el momento en que estamos preparados para dar un salto hacia adelante y ocupar un nuevo estadio, más completo que el anterior, más sabio y sincero con nosotros.

Así aprendió Fernando que siempre hay un espacio para otra emoción, por más dolorosa que sea. Desde esos días discute con el que se quiera poner enfrente que el corazón no se endurece con los golpes. Al revés, exactamente para el otro lado. El corazón se alimenta y revive con cada experiencia. Está para eso. Es un músculo y necesita ejercicio para estar ágil y preciso. La que se encierra, a veces, es la cabeza, pretendiendo asumir el control. Pero el que bombea la vida es el corazón. Siempre. Estaba vivo por eso, precisamente. Por el suyo y por el de tantos otros.